

Lo que ha resultado de una información

En un discurso reciente, Guillermo II ha proclamado de nuevo la pretensión del espíritu germano á una supremacía mundial. Y como una de las endemias intelectuales de nuestra época es la información, el *Mercure de France* ha preguntado á filósofos y literatos, á sociólogos y economistas, á hombres científicos y artistas, qué pensaban acerca de la influencia alemana bajo el punto de vista general intelectual, y si existe todavía esta influencia y se justifica por sus resultados.

Como el libro en que se ha reunido esa información, comprendiendo todas las diferentes manifestaciones intelectuales, acaba de publicarse, bueno y curioso será sacarle provecho si realmente es provechoso saber lo que otros piensan para aprender á conocerse uno mismo. Si en vista de lo que me permitiré extractar, piensa el lector que el tal libro puede resultar quizá una olla de grillos, veamos, antes de llegar á los artistas, si han andado ó no, en efecto, á grillos los señores filósofos, economistas y demás personas graves que abren la información, y á los cuales, por aquello de que *á tout seigneur tout honneur*, cederemos el paso.

Para madame Adám sólo existe un período de influencia alemana en el espíritu francés, caracterizada por Renán y por Taine, es decir, de 1850 á 1870. Des-

pués de esta época, dicha influencia es nula. «Tenía Alemania una superioridad en el arte de la música. Su indigencia actual es casi completa en lo que se refiere á producciones dramáticas y sinfónicas. Posee un músico interesante, nada más que interesante, Ricardo Strauss, rodeado de infinidad de mediocridades.»

Lo de la «supremacía mundial» exaspera á Barthélemy. «Los romanos decían, *orbis*; los ingleses dicen, *imperio*; los primeros con razón: los segundos, no se adivina. En cuanto á los alemanes, allá ellos, contemplando bajo el águila de la universalidad la vieja idea prusiana de la hegemonía: hay en esto algo verdaderamente gratuito y enfático que hará sonreír á sus dos grandes hombres realistas, Federico II y Bismarck... De Goethe á Ricardo Wagner las influencias recibidas están hoy clasificadas, es decir, ya no son militantes.»

«Alemania—dice León Daudet—es una enorme masa heterogénea á la que han dado homogeneidad la política y la voluntad de algunos hombres de genio. Muévase pesada y sentenciosamente. En suma, su vicio principal es que no tiene arte ni medida. La gran originalidad de Goethe consiste en haber predicado y glorificado una de las cosas más contrarias al temperamento de su raza: la *euritmia*. La originalidad actual se petrifica en lo secundario y en los escrúpulos de la erudición.»

«El alma alemana morirá á manos del imperio alemán—dirá su último filósofo, Nietzsche, filósofo de la decadencia como Schopenhauer y Hartmann.—La guerra ha matado en flor la inspiración de los poetas. Rudyard Kipling es un anacronismo, y la decadencia de Inglaterra es visible. La evolución ha suscitado nuevas incompatibilidades. Es necesario elegir entre Moltke y Pasteur, entre la organización del trabajo y las jugadas de Bolsa.» ¿Quién suscribe estas líneas? M. Deherme, director de *La Cooperación de las Ideas*.

M. Demolder piensa que la música de Wagner ha tenido gran influencia en el mundo, aunque no cree que esta influencia haya sido muy profunda en Francia, reducida como se halla á lo producido por algunos compositores de gran talento. «El pueblo francés no es

bastante músico para experimentar completamente esta influencia. Entre el alemán y el francés media un abismo cuando se trata de música. La música es una parte de la misma alma alemana; para el francés es un mero pasatiempo agradable.»

Gauthier-Villars (Willy) truena contra los apologistas alemanes de Francia, contra Nietzsche especialmente, «ese *obnubilé* por la locura, que tiene tragaderas para venerar en un mismo calendario á Loti, á Gyp, á Maupassant, á ese escriba de Anatole France...», contra ese *lonfetingue* alemán, demasiado wagnerófobo para exaltar *Carmen* en postergación del *Ring*, tocado de un bajo meridionalismo que le empujó á renegar de la amable ópera cómica de Bizet, para encenagarse en las fangosas y pestilentes cantinelas del Lido, *La Biondina in gondoletta*... La influencia wagneriana sobre nuestros músicos, si fué grande un día, hoy disminuye. Sin hablar de Gabriel Faure, que no la ha experimentado jamás, ahí está *L'étranger*, de Vicente d'Indy, que no debe nada á la Tetralogía, que no abriga tampoco bajo su sombra dañina ni á los Dukas, ni á los Guy Ropartz. Nuestros mejores músicos modernos siguen el camino trazado por César Franck ó, como Debussy, el de los maestros rusos. Para imitar á los epigonos wagnerianos Ricardo Strauss y Schilling, ó á los *raseurs* descendientes de Brahms, necesitarían los nuestros curarse en sana salud». ¡Puro *chauvinisme*!

Y más *chauvinisme* todavía en boca de M. Lasserre cuando pone en salvaguardia «las cualidades sin las cuales nosotros no seríamos nada. Abramos de par en par las grandes barreras que nos separan de Italia, de España, de la misma Inglaterra. Del lado de Alemania, dejemos pasar á Goethe con todo el honor debido: á Schopenhauer como un brutal y un mal educado de mucho talento, á Nietzsche, á algunos buenos diccionarios: después, cerremos.»

Asegura Jules Lemaitre que los franceses sufren la «fuerza alemana: pero me parece que, *intelectualmente*, la acción de la Alemania sobre nosotros es nula».

Cree Carlos Maurice que hay mucho de Lohengrin

en Guillermo II; su padre, sin embargo, no es Parsifal; es, en fin, un Lohengrin sin Parsifal, sin Elsa, ni cisne, ni Graal.

¿Quién no conoce á M. Joséphin Péladad? Su opinión no podía faltar, y es de adivinar en qué sentido, especialmente al tratar de la influencia alemana. El no conoce más que una influencia wagneriana, engrandecedora y fructífera. «Sin Wagner, Alemania no poseería actualmente ningún prestigio estético». Entiende que el fantaseador Renan invoca la autoridad alemana para justificar su novela exegética de la *Vida de Jesús*, y que Taine, el historiador de los *Orígenes de Francia*, es sólo un discípulo aprovechado de los Goncourt. Cree que el comercio alemán alcanzará grandes victorias económicas guiado por su *Emperócrata* Guillermo II. «A principios de siglo apareció el *segundo Fausto*, y hacia fines del mismo, *Parsifal*. Estas dos obras son inmensas, únicas y capaces de influir toda una civilización. Fuera de *Fausto* y de *Parsifal*, yo no sé ver nada que no sea ordinario, pues en todas partes abundan los Fafner-soldado, los Bechmesser-profesor y los Alberico-rey».

El profesor de la Universidad de Roma G. Sergi, nos dice que «los alemanes poseen grandes cualidades, la perseverancia en los estudios científicos, la facultad del análisis y de la división del trabajo, pero no tienen la *espansivité simpática*. Su influencia, hasta lo presente, es debida más á la cantidad y á la continuidad de sus trabajos, que á una difusión fácil y natural de su pensamiento».

Con brevedad se despacha el académico E. M. de Vogué, escribiendo: «La cortesía obliga á aceptar como una ley... no contradecir á las gentes, alemanes ó franceses, acerca de la buena opinión que tengan entre sí. Consentid que me atenga á esta ley.»

Que el emperador de Alemania no sabe lo que es escultura, á pesar de su famoso discurso *sobre la escultura*, nos dice, como representante de una de las bellas artes, que tienen su sección especial en el libro, A. Bartholomé. Otro artista, Ch. Léandre, confiesa que el em-

perador de Alemania le produce el efecto de lo que los franceses llaman «un meridional del Norte», y que las muestras que ha visto del arte alemán, aunque sin alejarse jamás de Montmartre, están muy lejos de ocupar en el mundo el primer rango. Y termina su información diciendo: «Pero ¿quién no se cree superior á su vecino?»

Tampoco cree en la superioridad artística alemana el escultor Rodin, afirmando que, á pesar de Max Klinger y de Beethoven (una bonita estatua á cuyo mérito nada añade la policromía), el arte alemán actual es pobre de toda pobreza. «Aparte algunos rarísimos hombres de talento, reina en Alemania la más *morne* mediocridad que pueda imaginarse... Ciertamente, puede transformarse una gran nación en atleta de feria, pero perderá irremisiblemente en inteligencia y gusto cuanto gane en fuerza brutal.»

Ugo Ojetti afirma que «la influencia intelectual alemana terminó ha mucho tiempo. Los latinos la hemos exagerado: en Francia, después de 1870, por miedo; en Italia, después de 1866, por reconocimiento, dos sentimientos que no duran mucho en los pueblos dignos de renovar su historia. Sin desconsiderar el fervor con que nuestros filósofos, los más opuestos, se han arrodillado á los pies de Kant, de Hegel y de Schopenhauer, bueno es recordar que la influencia alemana actual no es comparable á la italiana ejercida durante el siglo XVI sobre la Francia, á la española sobre nuestro *seicento* y á la inglesa durante el siglo XVIII en Francia...» Sin embargo, cree digna de censura y como una gran falta «la servidumbre italiana ante la mentalidad alemana, por la fatal manía de *tedescheggeare* especificando y castroando esas cualidades de síntesis y de multanimidad, que han sido—y serán—durante siglos nuestra gloria sobre todos y sobre todo... Lo que á nosotros, latinos, nos conviene, es estrecharnos las manos, contemplando serenos el porvenir. Dentro de cincuenta años nuestro genio será todavía dueño del mundo. Trabajemos.»

Pero basta ya de sociólogos, de filósofos, de literatos y de economistas.

Paso á los músicos.

Demasías de una información

La gran mayoría de opiniones emitidas en el proceso de información acerca de la real ó pretendida «supremacía musical» de la intelectualidad alemana, peca por demasías de *chauvinisme*, que ofuscan las inteligencias francesas más claras y peregrinas. Examinadas las opiniones de filósofos, literatos, sociólogos, economistas y demás señores graves que como informadores figuran en el libro publicado por el *Mercure de France*, las demasías de los que ahora entran en turno, los músicos, ya no son tan sólo de *chauvinisme*, sino... cómicas, porque cómico resulta, en efecto, que *ahora* precisamente la gran mayoría de los músicos le perdonen la vida á Wagner por haber cometido en ellos y en *anima vili* tales fechorías de experiencias.

No hay influencia alemana, cree Pierre de Bréville (fuera de la sustitución de la *brasserie* por el café y la apoteosis de la cerveza de Munich). «¿No sería más equitativo cuando se trata de la acción ejercida por el autor de *Tristán* sobre los músicos franceses decir, cambiando los términos, la influencia de un alemán? ¿Quién se atrevería á denunciar como hecho real la influencia inglesa de Shakespeare?» El autor informante descubre una porción de cosas que resultan de un *a posteriori* divertido: que la obra de Wagner está impregnada de un espíritu germánico «que no se aviene con

nuestro genio francés»; que en la creación de Wagner existen «principios de drama y de procedimientos musicales que pueden apropiarse cada raza y cada temperamento»; que se han asimilado estos procedimientos, hasta los más extraños al arte wagneriano, sin perder nada de su personalidad, porque (y esto es descubrir el Mediterráneo) «no será nunca imitar á Monteverdi emplear el acorde de *septima de dominante* porque Monteverdi lo empleó antes que nadie» (y ¿no lo emplearon Josquin y Lassus y otros antes de Monteverdi?); y que, en fin, sentada la falsa premisa anterior, «desde hoy en adelante las conquistas de Wagner han entrado como materia asimilada en el dominio público» (sí, como el acorde de *septima de dominante*), «como elementos de que cada uno puede disponer á su gusto y libremente, como armas para construir...» nuevas carabinas de Ambrosio, dada la eficacia de los descubrimientos llevados á buen término por el avisado descubridor de nuestro cuento.

Piensa Alfredo Bruneau que la influencia musical alemana ha sido saludable, «porque no ha enajenado la personalidad de nuestros verdaderos grandes compositores». Y ¿en qué categoría se coloca el mismo Alfredo Bruneau? cabría preguntarle, como cabría preguntárselo á otros verdaderos grandes compositores franceses que no están limpios de esa influencia, pecaminosa ahora.

Julio Combarieu nos cuenta lo que ya sabíamos: que «la influencia alemana, bajo el punto de vista musical, es casi absolutamente nula en la actualidad, después de haber sido preponderante».

Cree Camilo Chevillard que el arte musical alemán, á pesar de haber dominado el mundo entero durante casi dos siglos, no ha penetrado tanto como se cree en los centros en donde deberían mostrarse los bienhechos resultados de su soberana y magnífica educación. Sin ahondar en las causas de esa penetración ó vulgarización relativa, «es cierto—añade—que la educación por el oído ha llegado tarde, pues los conciertos sinfónicos sólo datan cuarenta años.» Los educadores franceses

mostráronse, en efecto, más partidarios de la ópera y de la lira dramática en general que de la música pura, olvidando sensiblemente que hay más enjundia musical en cuatro compases, tomados al azar, de un cuarteto de Mozart que en muchas pomposas escenas de ópera. Piensa y añade á continuación que «la ingestión wagneriana, que todo lo arrasó al principio, no se realizó de una manera racional y metódica: se principió por el fin y todavía andan por ahí en predicamento autores de óperas, que si conocen á fondo el *Tristan*, ignoran que haya existido un *Don Juan*».

«La influencia alemana—escribe Claudio Debussy—sólo ha producido efectos nefastos sobre las organizaciones artísticas capaces de ser domesticadas, ó para decirlo mejor, que toman la palabra influencia en el sentido de imitación... Si Wagner, á su vez, es un ejemplo de domesticación, de todos modos los músicos debemos mostrarnos agradecidos á él por habernos dejado un precioso documento sobre la inutilidad de las fórmulas: *Parsifal* es la desmentida más genial dada á la Tetralogía... Wagner fué una bella puesta de sol que se tomó por la aurora sonriente de un nuevo día.»

Eduardo Dujardin, el fundador ha diez y siete años de la *Revue Wagnerienne*, después de decir que Wagner es un genio esencialmente alemán, un poeta germano y un creador de puras bellezas clásicas, apaga los fuegos de sus antiguos entusiasmos, y añade «que el espectáculo ha variado por completo, si triste bajo el punto de vista wagneriano, regocijante quizá contemplado por los franceses. Wagner, puesto en moda, significa que ya no se quiere ni se comprende á Wagner. La admiración de los *snobs* es una señal evidente de la decadencia de su obra. En las últimas representaciones del Château-d'Eau, si muy concurridas por los elegantes, brillaban por la casi completa ausencia de los antiguos admiradores... Los viejos wagnerianos incorregibles, yo soy uno de ellos, continuaremos embriagándonos lo mismo con el *haschisch* de tantas escenas místicas ó afrodisíacas, que con el encanto poderoso de tantas páginas sanas que gozarán eterna salud: es de esperar, y yo lo creo firme-

mente, que nuestros hijos conservarán como un don soberano gran parte de la obra wagneriana.»

Si la opinión de d'Harcourt no interesa á nadie, en cambio en la de Hugues Imbert hay algo que conviene anotar. No niega que el espíritu germano haya influido en Taine (*Essai sur Carlyle*), en Renard, (*Nouvelle Revue*), en Paul Bourget (*Essais de Psychologie contemporaine*), sin olvidar á Renan, á Amiel y otros pensadores. Tampoco niega esta influencia, desde el punto de vista de la música, cuando se trata de compositores sinfónicos franceses anteriores á 1870; Berlioz influido por la paleta orquestal de Beethoven; Gounod por el estilo de Mozart y de Mendelssohn; Bizet por la magia y concentración de Schumann, y el mismísimo Saint-Saëns, á pesar de sus enmiendas mentales, por el solitario de Bonn, y todos, sin remisión, por el gran *Cantor* de Leipzig, Juan Sebastián Bach. Dicho esto en el terreno sinfónico cree «que, por lo que respeta á la influencia ejercida por Wagner como reformador del drama lírico, y por lo fecundo ó nefasto de tal influencia, estamos todavía dentro del período de revolución, y esto nos priva de poder juzgar con discernimiento é imparcialidad.»

Complace hallar esa nota de buen sentido entre informantes tan apasionados, ignorantes, al parecer, de que las artes son como los pueblos y de que, en ciertas épocas psicológicas, la infusión de un elemento extraño, como la de sangre nueva, se convierte en necesidad imperiosa.

Cree Vincent d'Indy que Goethe, Wieland, Herder no han disminuído la parte de genio de los Hugo, los Vigny, los Flaubert y los Taine, y que si Wagner ha influído evidentemente sobre nuestros compositores, las tentativas actuales de emancipación no habrían podido producirse, si los mismos que se intitulan los promotores no hubiesen estudiado muy á fondo el arte del autor de *Parsifal*. Piensa además que á despecho de toda influencia extranjera, el artista no puede dar otra cosa que el arte tal como lo siente: que Auber y Herold, á pesar de los procedimientos notoriamente italianos, no dejaron de producir jamás música que mereció justa-

mente el título de francesa: en fin, ¿quién podrá privar á un italiano, aun empleando ostensiblemente procedimientos alemanes, de escribir música eminentemente italiana—y aun mala—no está ahí Mascagni para probarlo?»

Afirma Kufferath que la influencia de los grandes poetas sinfonistas alemanes ha sido universal y que ha renovado de un siglo á esta parte toda la estética musical. Y pregunta: «¿Qué sucede hoy? ¿Qué acontecerá mañana?... La escuela rusa repudia categóricamente el espíritu musical germano. Los escandinavos permanecen fieles á sus tradiciones nacionales: los italianos buscan: los españoles hacen lo mismo. ¿Qué sucederá mañana?»

Puede condensarse en dos líneas la opinión de La Laurencie: «Estamos á punto de seguir á Nietzsche, esto es, de mediterraneizar la música.» No me parece mal, y hasta me atrevo á levantar al aire la copa, brindando por esa mediterraneización, no sea sino para que se entere bien el mismísimo Mediterráneo, tan inocente de esos pujos de arte.

«Anexionando la sinfonía á la ópera, Wagner ha sido para la música pura lo que Camilo Flammarion para la astronomía: un admirable vulgarizador.» Esto escribe J. Marnold. Es un modo de perdonar la vida á Wagner.

Pocas cosas dignas de notarse ofrecen las opiniones de Robert y de Romain Rolland, que terminan la sección del libro destinada á los músicos. Huelga que exponga aquí las que tuve el gusto de comunicar á los redactores del *Mercure*. Sobreponiéndome á los resquemores políticos que sugirieron el cuestionario de la información, y los que inspiraron la mayor parte de las contestaciones, el lector adivinará fácilmente en qué sentido las expuse.